

# UNA RENOVACIÓN DIVINA

DE UNA PARROQUIA DE MANTENIMIENTO A UNA PARROQUIA MISIONERA

JAMES MALLON, 2014

## CONCLUSIÓN

Este libro se acerca ya a su final, por lo que te invito a preguntarte como líder si tu visión es demasiado pequeña. ¿Es lo suficientemente grande para Dios? Rick Warren dijo en una ocasión, con una genuina humildad: «Dios me ha usado para hacer grandes cosas porque esperaba de Él que así lo hiciera». Por supuesto, esta expectativa no descansa en quiénes somos, sino en quién es Dios. Nuestra Señora dijo: «El poderoso ha hecho grandes obras en mí: su nombre es santo» (Lc 1,49). ¿Crees que Dios puede hacer grandes cosas en ti y por medio de ti? ¿Te crees que, cuando mires tus rebanadas de pan y tus peces y oigas al Señor hablar a tu corazón diciendo: «Dadles algo de comer», Él multiplicará lo poco que tienes?

Soy sacerdote desde hace diecisiete años. Empecé mi formación para el sacerdocio hace veinticinco años. Ha llovido mucho desde que por primera vez dejé de huir de un sentido de llamada hacia el ministerio sacerdotal que sentía fuerte y urgente. Solo una palabra puede describir la llamada que sentí cuando dejé de resistirme a la voz del Señor: pasión.

Pasión por marcar la diferencia; pasión por que la gente experimentara el amor de Dios en Jesucristo de la manera en que yo lo había hecho. Una pasión profunda junto con la convicción de que, si tan solo el mundo supiera, el cielo bajaría verdaderamente a la tierra. Ardía en fuego por dentro. Experimentaba ese celo que me «devoraba».

Hasta que estudié Teología.

No me malinterpreten. Me encantó estudiar Teología y tuve unos profesores y unos compañeros maravillosos. Recibí una excelente formación teológica durante mis años en el seminario. Pero mi pasión recibió dos embates durante aquellos años. La atmósfera académica del seminario no me llevó a hacer «teología de rodillas». Mi amor por las Escrituras fue erosionado por la aplicación universal y omnipresente de las metodologías histórico-críticas. Mi imagen de Jesús se desfiguró confundida por las cristologías «desde abajo» que opacaban todo lo sobrenatural y nunca parecían llegar a dominios más elevados.

La segunda pasión que fue golpeada me llegó a través de la experiencia de mi propio quebrantamiento y pecaminosidad. Mi luna de miel espiritual se había acabado. La oración no era algo que saliera naturalmente de mí como en una época me había creído que lo fuera. Era difícil, y con frecuencia me sentía seco y dolorido. Fue duro admitirlo; empecé a reconocer que gran parte de mi temprana pasión parecía ser egoísmo sutilmente disfrazado. Unos meses antes de ser ordenado diácono, estaba

rezando una noche en una pequeña capilla con las luces apagadas. Estaba solo y postrado ante el Señor en el Santísimo Sacramento cuando, de repente, caí en la cuenta de algo que me causó gran pánico. ¡No me quedaba tiempo! Hacía seis años había empezado mi itinerario de formación para el sacerdocio. No había estado exento de curvas, baches y choques. Aun así, había estado muy confiado en que, a pesar de todas mis debilidades y pecados, para cuando acabara la formación en el seminario, el Señor me habría perfeccionado o al menos habría removido mis fallos más grandes.

Postrado allí en la oscuridad, sentí dos cosas. La primera era que no solo no me había perfeccionado, sino que estaba en peor forma que cuando comencé. Me sentía cada vez más lejos de esa esquivada perfección y menos santo que al comienzo de mi camino. Había empezado con una convicción y una pasión por cambiar el mundo para Jesús. Para el final de mi primer año de teología, pensé que quizás podría causar un impacto en mi diócesis. Después de mi año de pastoral, pensé que quizás podría cambiar una parroquia. Y ahora que estaba a punto de ser ordenado, ¡me di cuenta de que era incapaz de cambiarme a mí mismo! La segunda era que tenía una profunda convicción de que la llamada de Dios seguía ahí, no a pesar de mi debilidad, sino precisamente por causa de ella.

[...]

En los meses que siguieron, pasé con velocidad de la ordenación a la vida de parroquia, donde aprendí muy rápido a no agitar la barca, desbaratar planes o hacer olas. Era como si me hubiera chocado contra un muro de ladrillo a cien kilómetros por hora. La pasión y el celo que me habían llevado al seminario nunca podrían haberse imaginado que una cultura de complacencia, mediocridad y minimalismo pudiera ser tan resistente y determinada. Cara a cara con aquella realidad, era demasiado fácil perder el norte de la visión que Dios me había dado cuando me llamó la primera vez. El fuego de mi interior se estaba apagando lentamente. El espíritu que me animaba se estaba disipando y los huesos secos comenzaban a hacerse visibles bajo mis vestiduras sacerdotales.

*«Hijo de hombre, ¿podrán revivir estos huesos? Yo respondí: “Señor Dios mío, tú lo sabes”» (Ez 37,3).*

Dios sabe.

¡Los huesos secos pueden revivir porque es el deseo de Dios insuflar nueva vida a su pueblo, a su Iglesia! Solo hay una persona capaz de hacer que el fuego vuelva a nuestros huesos: Aquel que vino como lenguas de fuego en el día de Pentecostés. Solo cuando experimentemos la sequedad absoluta de nuestros huesos, podremos someternos completamente al Espíritu de Dios, el cual habla a nuestro espíritu de manera que podamos clamar: «¡Abba! ¡Padre!» (Rom 8,15). No somos nosotros los que cambiamos nada (el mundo, nuestra diócesis, nuestra parroquia e incluso a nosotros mismos). Es el Espíritu de Dios que renueva la faz de la tierra, que dio nacimiento por primera vez a la Iglesia y continúa llevándola a un nuevo alumbramiento. Es el Espíritu Santo de Dios quien nos lleva a abrazar nuestra verdadera identidad como Iglesia

misionera. Es el Espíritu de Dios, derramado en un Nuevo Pentecostés, quien nos da la habilidad de materializar la Nueva Evangelización.

Recuerdo mis anhelos juveniles de que Dios me usara para cambiar el mundo y me doy cuenta de que, después de todo, no eran unos sentimientos vanos. En las Escrituras es un tema constante que Dios elige lo necio y lo débil para confundir a los sabios (1 Cor 1,27), que Dios casi nos grita a cada uno de nosotros: «quiero marcar la diferencia a través de ti. Tu visión es demasiado pequeña y reducida...».

Así que te pregunto, mi hermano, mi hermana, sea cual sea tu ministerio o tu liderazgo: ¿cómo puede expandirse la visión para tu ministerio? ¿Te das cuenta de que eres débil y necio? Entonces estás listo para ser usado por Dios. ¿Te hace temblar tu visión de lo que Dios puede hacer a través de ti? ¿Es lo suficientemente grande para Dios? Si lideras un ministerio en tu parroquia, ¿cómo puede impactar a toda la parroquia? Si lideras una parroquia, ¿cómo puedes impactar a toda la diócesis? Si trabajas dentro de tu diócesis, ¿cómo puedes impactar a tu región, tu provincia o tu Estado? ¿Y qué acerca de tu país? ¿Podría Dios impactar no solo una nación por medio de ti, sino incluso cambiar el mundo?

Jesús hizo una promesa a sus apóstoles: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta el confín de la tierra» (Hch 1,8). Esta es la llamada de Dios a todos y cada uno de nosotros. No se asienta en la ordenación, sino en nuestra identidad fundamental en Cristo como creyentes bautizados. Nuestra llamada no es solo a impactar a nuestro vecindario inmediato. Eso es «Jerusalén». No es solo impactar a nuestra región o provincia. Eso es «Judea». Ni siquiera es impactar a nuestra nación «Samaría», sino ir hasta «el confín de la tierra».

Jesús prometió que recibiríamos poder cuando el Espíritu Santo descendiera sobre nosotros. El poder de pedir está ahí, al mismo Espíritu que nos recuerda que somos la misión misma de Cristo; el Espíritu que trae una revolución de vida incluso en un valle de huesos secos. ¡Vaya momento! ¡Qué época! ¡Qué privilegio tener un papel que jugar en la renovación de la Iglesia de Dios!

¡Dios lo sabe todo! Dios sabe que estos huesos pueden revivir.

¡Aleluya!

¿Te animas?